

Navarra y la Iglesia en América

RONALD ESCOBEDO MANSILLA
OSCAR ALVAREZ GILA

Una de las notas más resaltables y perdurables de la acción de los navarros en América es su ingente aportación al desarrollo de la Iglesia en aquellos territorios. El punto de partida de este fenómeno histórico, indiscutible, es un hecho de experiencia; Es muy difícil encontrarse con una familia navarra tradicional que no tenga uno o más parientes, próximos o lejanos, que estén cumpliendo o hayan cumplido un servicio eclesial en tierras americanas. Nada nuevo se descubre con esta afirmación. Los navarros son perfectamente conscientes de esta realidad y se sienten orgullosos de ella. Permítaseme, como americano, rendirles un pequeño homenaje de admiración y gratitud.

La presencia del clero navarro en América, como en general ocurre con todo el fenómeno migratorio hacia aquel continente, hay que dividirlo en dos grandes etapas perfectamente diferenciadas por las circunstancias históricas, por sus diversas motivaciones y, por lo tanto, también por la diferente metodología con la que el investigador tendrá que enfrentar el problema. Dos etapas diferentes y diferenciadas, decía, pero en las que se pueden destacar también, como más tarde veremos, algunos elementos de continuidad. La primera coincide prácticamente con la Edad Moderna y se caracteriza por la movilidad de grupos de población dentro de un mismo sistema político administrativo, es decir, dentro de la monarquía universal española. La segunda, ya en plena Edad Contemporánea, está inserta dentro de un fenómeno migratorio masivo de carácter europeo e, incluso, mundial, que tiene como destino preferente las antiguas posesiones ibéricas, constituidas ahora en repúblicas soberanas e independientes.

LA EDAD MODERNA

En la Edad Moderna la aportación de las diferentes regiones a la gestación histórica de esos territorios, se integra dentro de una acción de conjunto de la monarquía y sociedad españolas, pero siempre es posible estudiar y destacar notas características, rasgos distintivos, algunos elementos diferenciadores; y ésta parece ser la meta de muchos trabajos que se integran dentro de esta nueva corriente historiográfica que se puede entender como una nueva regionalización en la historia de América. En efecto desde esta perspectiva se pueden destacar los aportes regionales en determinadas actividades económicas, apuntar notas sobre la mentalidad e idiosincrasia, etc. Pero en lo que se refiere a la acción religiosa, al menos durante los siglos XVI y XVII, es muy difícil distinguir aportes particulares en la acción evangelizadora. Este hecho obedece, decía en mi ponencia al VII Congreso de AHILA en Szeged (Hungría) sobre *Los vascos y la gestación de la Iglesia en América...* «entre otras causas: A que la evangelización de las nuevas tierras es un ideal común del que participan por igual la Corona y la Iglesia en España, asumiendo esa forma jurídica tan especial del Patronato regio. A la peculiar organización de las órdenes religiosas, con una estricta

disciplina fruto, entre otras cosas, del voto de obediencia. A la enorme movilidad de los religiosos que se trasladan con relativa facilidad por los diferentes conventos y provincias eclesiásticas, lo que impide que se impongan prevalencias o características propias, salvo, de alguna manera, en los siglos XVI y XVII, las de los territorios del reino castellano, en detrimento de otras regiones: una cierta prevalencia que comienza a resquebrajarse a finales de esta última centuria y se pierde totalmente en el transcurso del XVIII»¹.

Los clérigos seculares que viajan a América lo hacen generalmente de forma espontánea, para incardinarse bajo la obediencia de un obispo americano o para ocupar un cargo de gobierno, y todos participan de los mismos ideales de evangelización, aunque su tarea misional, propiamente dicha, se vea reducida, en el mejor de los casos, a ocupar los curatos de los indios ya cristianizados. En contrapartida tienen una participación cada vez mayor en la atención espiritual de los colonos y sus descendientes, en esa otra parcela de la iglesia, que podríamos llamar criolla. Tampoco pues los sacerdotes seculares, durante esta época, guardaron una relación especial con sus lugares de origen, salvo las que se derivan de las razones de amistad y paisanaje y de la atención espiritual que, partiendo de este hecho, podían prestar a sus coterráneos.

El envío de religiosos

El envío de religiosos fue favorecido y auspiciado desde los primeros momentos por la monarquía española, por entender que eran éstos, los religiosos, quienes mejor podían colaborar en la misión que le había conferido la Santa Sede de evangelizar a los indígenas americanos. Desde esta perspectiva, todos los integrantes de las órdenes religiosas autorizadas que quisieran trasladarse a predicar el evangelio en el Nuevo Mundo, contaron con la estructura montada por el estado, que proporcionó, como lo ha estudiado Pedro Borges Morán en su minucioso libro *El envío de misioneros a América durante la época española*², el sistema y los medios materiales necesarios para el traslado de las decenas de expediciones a los diferentes y más recónditos territorios del nuevo continente. Hasta tal punto es cierto esto que en muchas ocasiones fueron los propios monarcas quienes instaron a los superiores religiosos a incrementar su celo misionero.

Pedro Borges ha establecido que desde los primeros momentos del Descubrimiento hasta la Independencia del continente se trasladaron a América un mínimo de 15.117 religiosos, enrolados en las numerosas expediciones a las que antes hacíamos referencia. Pero en sus obras echamos en falta un análisis estadístico más minucioso, en el que se exprese, por ejemplo, la procedencia regional de los religiosos. En mi ponencia antes citada al Congreso de AHILA en Szeged, pude establecer –guiándome de la metodología ofrecida por el propio Borges en su artículo *La emigración de eclesiásticos a América en el siglo XVI*³, y en las notas y sugerencias que me proporcionó el mismo autor, una aproximación al número de religiosos vascos, llegando a la conclusión de que éstos habían sido no menos de seiscientos, lo que representa aproximadamente el tres y medio por ciento sobre el total español, una cifra muy significativa si pensamos en las pequeñas proporciones de su territorio y en el escaso número de habitantes. Lo importante era resaltar, por lo tanto, que el esfuerzo humano relativo fue mucho mayor que el de otros territorios peninsulares.

1. ESCOBEDO, RONALD, «Los vascos y la gestación de la Iglesia en América» en *Iglesia, Religión y Sociedad en la Historia Latinoamericana (1492-1945)*, I, Szeged, 1989, págs. 217-229, pág. 218.

2. BORGES MORÁN, PEDRO, *El envío de misioneros a América durante la época española*, Salamanca, 1977.

3. Ib., «La emigración de eclesiásticos a América en el siglo XVI. Criterios para su estudio» en *América y la España del Siglo XVI*, Madrid, 1983 págs. 47-62.

Para el caso navarro estamos realizando un estudio similar, pero lamentablemente no hemos llegado aún a las conclusiones definitivas. Por lo tanto sólo se pueden adelantar, por ahora, algunas impresiones generales: La representación navarra, con las precisiones que se harán más adelante, parece seguir la misma línea de sus vecinos. En números absolutos es una pequeña minoría, pero una minoría relativamente importante y significativa para la escasa densidad de población de Navarra.

Pese a lo que se ha expresado anteriormente, en la acción de los misioneros navarros se puede anotar algunas características singulares.

La primera es que su participación tuvo unas líneas constantemente ascendentes. Como es bien sabido la incorporación de Navarra a Castilla, a la Corona española, es relativamente tardía en relación a los acontecimientos americanos. Esto determina que la actuación de los navarros en los primeros momentos sea todavía tímida, aunque en el caso de los religiosos hay que tener en cuenta la organización de las órdenes que salvan de alguna manera estas limitaciones generales. Lenta, pero con paso firme, la presencia de los navarros en Indias, como ya se ha dicho, se hace cada vez más numerosa lo que es más importante, ocupando puestos de importancia y de responsabilidad en la estructura estatal y social del Nuevo Mundo, hasta tal punto que permitió a Caro Baroja titular uno de sus libros más conocidos con una frase afortunada: *La hora navarra del XVIII* ⁴.

Y es en este siglo XVIII cuando aparece una de las notas más singulares de la presencia religiosa de los navarros en Indias, con un elemento que rompe con el sistema de envío de evangelizadores que se ha mencionado, al encargarse a la provincia capuchina de Navarra, bajo la dirección de sus propios superiores, la misión de Maracaibo en Venezuela, adelantando de esta manera lo que se haría más tarde con las misiones en la época contemporánea.

Los Capuchinos –orden religiosa que recibió tardíamente la autorización real para misionar en Indias– fueron los primeros en romper los usos tradicionales de cerca de dos siglos, el de envíos de expediciones generales, para comprometer a los religiosos de una determinada provincia en la evangelización de un determinado territorio americano. El proceso se inicia a partir de 1657 en que se instala la primera misión en Cumaná, gracias al celo apostólico y al tesón de fray Francisco de Pamplona, misión que se encargó a la provincia de Aragón. La segunda se estableció un año después en los llanos de Caracas, encomendada a los capuchinos de Andalucía. La tercera en Trinidad y Guayana, se adjudicó a los capuchinos catalanes en 1678. «La cuarta misión, la de Maracaibo, –según nos informa el padre Carrocera– estuvo unida a la de Santa Marta y dio comienzo en 1693, siendo encargada a los capuchinos valencianos. Comprendía en total dicha misión desde las costas orientales del golfo de Maracaibo, por oriente, hasta el río Magdalena, por occidente, teniendo al norte el mar Caribe y llegando por el sur a la ciudad de Ocaña. En 1749 se dividió, quedando los valencianos con la parte de Santa Marta y toda la región de la Guajira, incluso la venezolana, y encargándose los capuchinos navarros de la parte de Maracaibo y la Grita. Los pueblos allí fundados por unos y otros, [...] fueron un total de veintiséis» ⁵.

La misión navarra de Maracaibo trajo una novedad jurídica importante en el sistema misional indiano. La Corona, celosa de sus prerrogativas patronales, aunque había concedido las misiones a los capuchinos con la innovación ya comentada, no

4. CARO BAROJA, JULIO, *La hora navarra del XVIII*, Pamplona, 1988.

5. CARROCERA, BUENAVENTURA DE, *Misión de los Capuchinos en Cumaná*, I, Caracas 1968, págs. XV y s. Este título se integra en la obra de conjunto que viene publicando el P. Carrocera sobre las misiones capuchinas en Venezuela, en la colección Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela de la Academia Nacional de la Historia de este país. Lamentablemente la misión de Maracaibo, la que más nos interesa en este momento, es la única que todavía no ha sido publicada.

había visto con buenos ojos los intentos de tratar asuntos relativos a la evangelización, directamente con el organismo encargada de estos asuntos en la Santa Sede –la Congregación de Propaganda Fide–, ni el que buscaran una autonomía total de las provincias religiosas en su accionar americano. Se les obligó, en consecuencia, a seguir el sistema centralizado tradicional, y se creó así, para este fin, dentro de la Orden, el cargo de *Comisario General de Indias*. El nombramiento recayó ordinariamente en el Ministro Provincial de Andalucía, a quien se le otorgó plenas facultades para seleccionar el personal misionero en su propia provincia y coordinar con los ministros de las otras provincias «... este Comisario se constituyó en la vía obligada para tramitar ante el Consejo de Indias y la Casa de la Contratación cuanto se relacionase con el envío de misioneros a América»⁶. La situación, como ya he dicho sufrió un brusco cambio en 1749 cuando «... el provincial de Navarra obtuvo del Consejo de Indias que los ministros de esa Provincia fueran los Comisarios de su misión de Maracaibo, gracia que fueron obteniendo sucesivamente el Provincial de Aragón para su misión de Cumaná en 1753 y los de Valencia y Cataluña para las suyas de Santa Marta y Guayana en 1777»⁷.

Aunque Maracaibo es la última misión capuchina instalada en Venezuela, los navarros –comenzando por el principal gestor y propulsor de las misiones de su orden en América, fray Francisco de Pamplona–, aportaron siempre personal evangelizador a las restantes, muy especialmente a la de Cumaná, regentada, como ya bien sabemos, por la provincia aragonesa. El caso más llamativo se registra en 1715. El Consejo de Indias instado por los religiosos de Cumaná y por el propio obispo de la diócesis, fray Pedro de la Concepción y Urteaga, urgió a socorrer a dicha misión no sólo a los superiores de la provincia de Aragón sino también a los de Navarra y Castilla. Los capuchinos navarros respondieron generosamente, nueve de los catorce expedicionarios tuvieron esta procedencia: los padres Bernardo de los Arcos, Jerónimo de Pamplona, Juan María de Asiain, Juan Angel de Cascante, Simón de Yábar, Esteban de Logroño, Domingo Antonio de Valtorres, José de Muel y Miguel de Argente⁸.

La guerra de la Independencia en el continente y el consecuente nacimiento de las nuevas repúblicas americanas supusieron la muerte por agostamiento de estas y otras muchas misiones en todo el nuevo Mundo, bien por la expulsión de religiosos españoles o por la no renovación del personal misionero⁹. De esta manera buena parte de la labor de estos abnegados misioneros y muchas de las poblaciones creadas por ellos se perdieron irremisiblemente, pero perduró lo más impotante, la semilla de la fe cristiana que arraigó profundamente en esos pueblos junto a una piedad, muchas veces ingenua y sencilla, pero igualmente profunda y sincera.

La emigración del clero secular

Si la aproximación al número total de religiosos que se trasladaron a América en la Edad Moderna es bastante difícil, pero posible: no puede decirse lo mismo sobre el clero secular. La bibliografía sobre este aspecto y en general sobre su actuación en Indias es muy escasa, en contraste con la dedicada a la acción de las órdenes religiosas.

6. BORGES, *El envío...* pág. 91.

7. Ib. págs. 91 y s. Cfr también CARROCERA, *op. cit.* págs. 444 y ss.

8. Cfr. CARROCERA págs. 250 y s.

9. El P. CARROCERA describe la angustiada situación de los capuchinos en Cumaná a partir de abril de 1810, a la vez que hace constar que es una situación paralela a la que soportaron otras misiones capuchinas en el país, como otras muchas en toda América (op. cit. págs. 405-412).

Por lo tanto y teniendo en cuenta además que las fuentes documentales al respecto son escasas, fragmentarias y dispersas, es muy arriesgado intentar establecer, ni tentativamente, las cifras de la emigración del clero secular.

Los clérigos que se trasladaban a América tenían que seguir las mismas formalidades que los pasajeros comunes, es decir y para expresarlo con pocas palabras: registrarse ante los oficiales de la Casa de la Contratación.

La fuente más completa con la que contamos hasta ahora es la del *Catálogo de pasajeros a Indias*¹⁰, procedente de la Casa de la Contratación y que se conserva en la sección Contratación del Archivo General de Indias. Las series comprendidas entre 1509 y 1559 fueron publicadas entre 1940 y 1946, abandonándose posteriormente su publicación hasta 1980, año en que se reinició, contándose ya en este momento con el volumen VII que cubre hasta el año de 1599. Esperemos que se continúe con el esfuerzo para completar los dos siguientes siglos que se prometen en el título de la obra. Desde el prólogo del primer volumen y después por los muchos comentaristas e investigadores que utilizaron ese material, se advirtió que era una obra incompleta, con importantes lagunas y con muchas deficiencias y que de ninguna manera se podía llegar con su sola utilización a establecer una cuantificación acertada de la emigración.

Si nos guiáramos exclusivamente de esta obra para establecer cuantitativamente la presencia de navarros en Indias en el siglo XVI, tendríamos que concluir que tanto en números absolutos como relativos fue muy escasa, alrededor de unos doscientos, de los cuáles un cinco por ciento fueron clérigos. Y si aceptamos —es solo una suposición— la conclusión de Friede¹¹ de que el *Catálogo* representa un diez por ciento de los pasajeros que realmente pasaron a Indias, tendríamos que concluir que a América se trasladaron en el quinientos poco más de mil navarros, de los cuales unos 50 eran sacerdotes seculares. La obra de Peter Boyd Bowman *Índice geobiográfico de cuarenta mil pobladores de América*¹², que siempre me habían servido para corregir y aumentar las cifras y porcentajes ofrecidos por el *Catálogo*, en este caso ofrece un panorama todavía más decepcionante. Pero no es raro que una y otra fuente coincidan en la escasa representación navarra en esta centuria, porque efectivamente en su primera mitad— que es la etapa cronológica que estudia Boyd Bowman— por las razones de todos conocidas y que ya hemos apuntado, la representación navarra en América fue irrelevante. En la segunda mitad del siglo la emigración de navarros hacia las Indias, comienza la curva ascendente de la que antes hablabamos. Pero a todas estas consideraciones hay que añadir la emigración clandestina o ilegal, es decir la que no se registra en la Casa de la Contratación, que al parecer es más numerosa que la legal y que afectó sobre todo a los emigrantes de la cornisa cantábrica y a las provincias litorales de la Andalucía Occidental. La importancia de este fenómeno ha sido comprobada para México, a finales del siglo XVII, por las investigaciones de Rubio Mañé¹³ y Laza Zerón¹⁴. Cifras que por otra parte ya se sabían o se intuían por otro tipo de fuentes que delatan una presencia importante de navarros en actividades claves como el comercio, la minería o la cura de almas.

10. BERMUDEZ PLATA, C. Y GALVIS DIEZ, (eds.) *Catálogo de pasajeros a Indias durante los siglos XVI, XVII y XVIII* (Sevilla, 1940-86).

11. FRIEDE, JUAN.

12. BOYD BOWMAN, PETER, *Índice geobiográfico de cuarenta mil pobladores de América*, I, Bogotá, 1964; II, México, 1968.

13. RUBIO MAÑÉ, J.I. «Gente de España en la Ciudad de México. Año de 1689» en *Boletín del Archivo General de la Nación*. México, 1966.

14. LAZA ZERON, MARÍA DEL CARMEN, *Emigración clandestina de vasco-navarros a Nueva España y su desenvolvimiento posterior* (promanuscrito).

LA EPOCA CONTEMPORANEA

Una de las primeras consecuencias de la Guerra de la Independencia Hispanoamericana fue la interrupción del flujo natural entre ambas orillas del atlántico, que hasta hacía poco habían pertenecido a la misma monarquía¹⁵. «Desde este momento y durante toda la primera mitad del siglo XIX, todo son trabas, inconvenientes para la emigración, tanto de la parte española como de la americana. La falta de receptividad de las nuevas naciones podría explicarse por ese poso de antiespañolismo que han dejado las circunstancias políticas y bélicas —la lucha fratricida— y la posterior actitud irredenta de Fernando VII; antiespañolismo que en la mayor parte de los casos fue curando lentamente el tiempo. Por otra parte, la inestabilidad política, social y económica en las que se vieron inmersas las nacientes repúblicas no alentó una política de puertas abiertas. Y por la parte española «... con un ánimo decididamente anti-emigracionista como expresión en primer lugar, del deseo de subsanar las graves pérdidas demográficas ocasionadas de forma especial por la Guerra de la Independencia española y, en segundo lugar, de la política poblacionista que quiere dirigir la migración interna, e incluso la foránea, a los espacios desocupados, creando, por ejemplo, colonias agrícolas»¹⁶.

Sobre estas causas generales hay que añadir algunas consideraciones particulares que inciden fuertemente en el envío de misioneros: la independencia corta de forma radical la vía legal por la que se había acudido hasta entonces al Nuevo Mundo, es decir, las obligaciones y derechos que imponía el Real Patronato al estado español en materias de evangelización, salvo en las tres islas que quedaron bajo soberanía española, Cuba, Puerto Rico y Filipinas, y la política anticlerical de los liberales, a uno y otro lado del océano, que intenta poner trabas, a veces violentamente, a la acción de la Iglesia y más concretamente de las órdenes religiosas.

Pese a ello, el flujo de misioneros que para simplificar podemos llamar *emigración religiosa*, es el primero en reestablecerse, gracias precisamente, y aunque parezca paradójico, a esa misma acción anticlerical, que dispersa a los miembros de las órdenes religiosas, quienes, en algunos casos, tomaron como refugio el territorio americano. Esta va a ser precisamente una de las notas características de la acción misionera de España en América en la época contemporánea, su dependencia, desde algunas perspectivas, de los acontecimientos políticos de España o, si se quiere, de la política religiosa de los gobiernos o regímenes de turno.

La acción misionera española en la época contemporánea puede inscribirse, por otra parte, en un movimiento general en la Europa cristiana, dentro de lo que se ha denominado *segundo impulso misionero*, que coincide cronológicamente con la expansión colonial y cuyo inicio puede establecerse en la reorganización del Seminario de Misiones Extranjeras de París, en 1815.

La desamortización y la exclaustración decretada en 1836, es decir —y desde el punto de vista que ahora nos interesa—, la práctica desaparición en España de las órdenes religiosas, salvo las que tenían un claro propósito asistencial, supuso un fuerte golpe para la Iglesia en España. El decreto no se pudo aplicar sin embargo en la integridad del territorio navarro hasta 1840, cuando se consuma la derrota carlista. En Navarra sólo quedó el convento agustino recoleto de Monteagudo, en consideración de ser el colegio de misiones para Filipinas, algo similar a lo que ocurrió con el convento dominico de Ocaña y el agustino de Valladolid.

15. Cfr. DESPONT, «Les missions d'Amérique» en DELACROIX, S., (ed.) *Histoire Universelle des Missions Catholiques*, IV, París, 1959. Págs. 178 y ss.

16. ESCOBEDO, RONALD, «La opinión pública vasca ante la emigración a América» en *Iberoamérica en el siglo XX, Actas del Congreso Internacional de Historia de América*, I, Córdoba, 1988, págs. 83 y s.

Las alternativas que se presentaron a los religiosos exclaustrados fue la secularización o la emigración al extranjero para rehacer la vida de comunidad, decisión nada fácil para algunos ya que las órdenes habían sido desarticuladas y era muy difícil guardar la unidad e incluso el contacto con sus superiores. Entre los que se marcharon al extranjero, a Francia e Italia preferentemente, la decisión de ir a América no fue inmediata.

Subsistía la esperanza de que pronto se diera marcha atrás posibilitando así el regreso a la península ¹⁷.

Pero poco a poco éste fue el camino que tomaron muchos de los exiliados: ir a América. Este hecho coincide además con una serie de circunstancias favorables. Las iglesias locales e incluso los propios gobiernos americanos, tomaron conciencia de la grave situación en que habían quedado esos países después de la Independencia, faltaba el personal suficiente para la atención religiosa ordinaria y, sobre todo, para las misiones que, en el mejor de los casos languidecían, cuando no habían desaparecido. Desde las nuevas repúblicas se envían a Europa, a España, emisarios, *padres colectores*, que vienen a pedir voluntarios para sus misiones, este es el caso que narra, por ejemplo, el padre Buenaventura Salazar, del franciscano riojano Andrés Herrero que «.... se llevó para su Comisaría 80 operarios evangélicos que supo reunir en diversas partes, principalmente de España [...]. Aquella brigada fue repartida entre Chile, el Perú, y los colegios de Bolivia» ¹⁸. El aprovechamiento de las circunstancias españolas lo manifiesta claramente Herrero en una carta suya que se guarda en el Archivo de la Comisaría franciscana de Bolivia» «... logramos realizar una copiosa selección de religiosos así italianos como españoles aprovechando la ocasión de los muchos que por entonces habían emigrado de las Provincias de España huyendo de la persecución que contra ellos había suscitado la impiedad de la soldadesca de la reyna Cristina» ¹⁹.

Algunos gobiernos suramericanos, como antes decíamos, comenzaron a manifestar una preocupación por las misiones entre infieles, con el fin de «integrar en la nación» a los indios. Esta frase que he entrecomillado, «integrar en la nación», es muy sintomática. No puede dudarse de las intenciones apostólicas de los gobernantes que así procedieron, pero junto a ésta, nos encontramos con otra intencionalidad menos espiritual, probablemente recordando épocas pasadas en la que la acción de los religiosos había sido un excelente vehículo para integrar a los naturales en la unidad de la monarquía, pero ahora parece invertirse –no hablamos desde una perspectiva cronológica– el orden de los valores, primero «civilizar» y después «evangelizar». Los considerandos de la orden del gobierno peruano, formado por Orbegozo, por el que se restablecía el colegio de Ocopa es en este sentido muy sugerente: «Que la civilización de las tribus salvajes del interior y su reducción a la santa fe católica, es una empresa digna de las luces del siglo, y acepta a los ojos del Todopoderoso» ²⁰.

17. El padre Llevaderas en sus *Biografías Hispano-Capuchinas*, Barcelona, 1891, nos ofrece un testimonio tan sugestivo como clarificador de la situación: La declaración del padre Juan Bautista de Arenys –fundador del convento de Arenys del Mar–. Los superiores de la Orden, dice, «... desaprobaron altamente nuestra resolución de pasa a América». Y poco más adelante añade las razones de esta actitud: «... el P. Manuel de la Nou [...] nos dijo; No dudéis que dentro de muy poco, regresaremos a España, añadiendo: si dentro de medio año no estamos ya, entonces podéis ir a América» p. 628. En el artículo «P. José Eraso» de Misiones Franciscanas, mayo, 1978, págs. 9 y ss. se recoge un caso parecido: este franciscano de Bigüenza, con la exclaustración, se dirigió a Francia «... con la idea de trasladarse a las Misiones de América», pero sus superiores le obligaron a quedarse en el País Vasco-Francés.

18. SALAZAR, B., *Misioneros franciscanos en América*, Bilbao, 1935, p.192.

19. *Archivo de la Comisaría Franciscana de Bolivia*, VI (1914) Publicada por ODORICO SAINZ, *De ruina ac restauratione in Peruvia Collegiorum Franciscalianum Porpagandae Fidei saec. XIX (1824-1860)*, Lima, 1972, pág. 52.

20. Decreto firmado por el Secretario General de Gobierno Peruano, en Lima, el 11 de marzo de 1836. Cit. en SAINZ, *op. cit.*

Los religiosos navarros desde los primeros momentos integraron en diversa medida las expediciones de las diferentes órdenes que reanudaron el envío de misioneros a América. Pero nuevamente, en línea de continuidad con los hechos que hemos resaltado en el siglo XVIII, es la acción de los capuchinos en Venezuela, la que en esta época tiene mayor relevancia ²¹. En 1842 a instancias del gobierno venezolano –que quería reestablecer las misiones capuchinas– y del arzobispo de Caracas –que deseaba reclutar clero para las parroquias de su diócesis– viajó a Europa el presbítero José Manuel Alegría, quien logró su propósito principalmente entre los exclaustros españoles residentes en Francia y los Estados Pontificios. De los cuarenta y dos primeros expedicionarios, la gran mayoría pertenecían a las antiguas provincias capuchinas de Navarra-Cantabria y Cataluña ²². En esta época, de la que tenemos muy pocas estadísticas, es precisamente de la acción de los capuchinos en Venezuela de los que tenemos más datos fiables y seguros.

Entre 1840 y 1868 España, después del triunfo liberal, bajo el reinado de Isabel II, vive una etapa que en cierto sentido puede considerarse como de restauración. El predominio político lo tiene el sector moderado del liberalismo, integrado principalmente por los beneficiarios de la desamortización, que pretenden consolidar su situación, afianzando el trono por una parte y, por otra, intentando llegar a un acuerdo con la Iglesia. En este ambiente se firma el concordato de 1851, en el que de alguna manera Roma transigió en dar como hechos consumados la venta de los bienes desamortizados por Mendizábal. Las órdenes religiosas fueron autorizadas, por el artículo veintinueve, pero con muchas restricciones, a reabrir sus casas en España: en cada diócesis podía establecerse –además de las dedicadas a fines de beneficencia, como las de San Felipe Neri y San Vicente de Paul,– «... otra más de las aprobadas por la Santa Sede». Se abrió, sin embargo, un nuevo portillo para la ampliación de las casas de regulares: los colegios de misiones de Ultramar, orientados fundamentalmente a la formación y envío de misioneros a las posesiones españolas en las Antillas y Filipinas. Las intenciones subsidiarias que animan esta medida del gobierno español están aquí mucho más claras que las que señalábamos para los gobiernos hispanoamericanos. En Navarra al amparo de esta disposición, además del colegio de Monteagudo, que, como ya se ha dicho, nunca se cerró, los agustinos recoletos abrieron otro en Marcilla, en 1865 ²³.

En 1868 la revolución liberal y su enardecido programa anticlerical recrudece sus ataques a la Iglesia en España. Se disuelven los pocos conventos que aún subsisten. La medida se dirige primero contra la Compañía de Jesús, el 12 de octubre, y seis días más tarde se hace extensiva a las demás órdenes. Sin embargo en los numerosos proyectos legislativos, el artículo veintinueve del concordato, en lo referente a los colegios de misiones, permanece intangible, de tal manera que las órdenes religiosas pudieron mantener las pequeñas concesiones que se les había hecho, salvo la Compañía de Jesús que nuevamente es expulsada. No obstante, el ambiente de inseguridad y de peligro, sirvió como incentivo para incrementar la emigración de los religiosos al nuevo continente, registrándose curiosamente un flujo mucho mayor que en la primera exclaustación general. Los franciscanos, por ejemplo, reforzaron su presencia en los colegios de Propaganda Fide de Perú y Bolivia, llamados por los recolecto-

21. LODARES, BALTASAR DE, (O.C.D.), *Los Franciscanos Capuchinos en Venezuela*, III, Caracas, 1931.

22. La nómina completa de los expedicionarios aparece publicada en *Revista Católica*, 1, Barcelona, Julio, 1842, págs. 247-241. De los setenta y nueve religiosos que pasan a Venezuela entre 1842 y 1843, veinte pertenecen a la provincia de Navarra-Cantabria: diez son navarros y otros diez se reparten entre Alava, Vizcaya y Guipúzcoa.

23. Los franciscanos intentaron sin éxito abrir un colegio en Olite. Por otra parte es interesante destacar la numerosa presencia de navarros en colegios radicados en provincias vecinas, como en el jesuita de Loyola, en el franciscano de Santo Domingo de la Calzada e, incluso, en el carmelita descalzo de Marquina.

res que se envían desde esos países. Los mayores contingentes proceden de Vascongadas, Navarra, La Rioja y Burgos. Los revolucionarios liberales se muestran especialmente condescendientes con los colegios misioneros destinados a surtir de personal a las posesiones ultramarinas españolas. Incluso los jesuitas expulsos, desde Francia, donde tienen su casa de formación, pueden enviar religiosos a las Antillas. Coyuntura que es aprovechada eficazmente. Los jesuitas navarros en este decenio pero sobre todo a partir de la revolución del sesenta y ocho, duplican su presencia en América. Pasado ya el furor revolucionario, en 1876, se ofrece a la Compañía dos casas –a elegir entre las muchas que habían abandonado en España, excepto las de Navarra, Vascongadas y Cataluña²⁴– como colegios para misioneros de Ultramar.

Uno de los efectos de la derrota de los carlistas en la segunda guerra, en la que se habían comprometido e incluso tomado las armas numerosos clérigos²⁵, fue la emigración de muchos de éstos hacia América –aunque no consta que fueran expulsados–, en ocasiones después de haber tomado los hábitos de una orden religiosa. En este sentido resulta ejemplificador el relato de fray Andrés Ocerin-Jauregui²⁶, quien nos habla de Cristóbal de Aztibia, natural de Leiza, que «después de tomar parte en la segunda y de ser confidente de don Carlos VII y de doña Margarita, abandonó todo para servir a Cristo Rey», acompañado de un numeroso grupo de excombatientes que «huyeron de los peligros del mundo» y vistieron el hábito franciscano para terminar pasando a las misiones. La presencia de numerosos clérigos carlistas en el Río de la Plata, combativos políticamente desde sus lejanos refugios, incluso bastantes años después de tales acontecimientos, consta en una serie de fuentes literarias²⁷, pero sería interesante comprobarla y medirla en las oficiales, por ejemplo los anuarios diocesanos.

Cerrado el paréntesis revolucionario, en 1876 se restaura la monarquía en la persona de Alfonso XII, y las relaciones entre la Iglesia y el Estado entran en un nuevo clima de entendimiento. Se crea así un ambiente favorable que permite la plena restauración de las órdenes religiosas, que comienzan un proceso de expansión, que les permite pasar de una provincia única –que abarca todo el país, bien por la creación de una nueva, por ejemplo la de los capuchinos que toma el nombre de España, o con la continuación de una las tradicionales que absorbe a todas las demás–, a subdividirse paulatinamente, gracias al incremento de vocaciones y casas religiosas. Por seguir con el mismo ejemplo: La provincia de España de los capuchinos se divide en 1889 en Castilla, Aragón y Valencia. La de Aragón se subdivide en 1900 formando dos nuevas: Cataluña y Navarra-Cantabria. Este proceso es importante para nuestro propósito, porque, además de comenzar a aparecer por primera vez fuentes con las que se puede construir unas estadísticas más o menos ajustadas y fiables, permite un estudio de la aportación de las diferentes regiones a la acción eclesial en América y, en este caso, de la de Navarra. Porque, en efecto, muchas de las provincias que nacen de

24. Cfr. REVUELTA GONZALEZ, M., *La Compañía de Jesús en la España Contemporánea*, I, Madrid-Santander-Bilbao, 1984, p.548.

25. CARCEL ORTI, VICENTE, *Iglesia y Revolución en España*, pág. 511 y s. El clero regular, por lo general, tomó una actitud más cauta, aún los más enfervorecidos carlistas, para no poner en peligro a sus correligionarios en España.

26. OCERIN-JAUREGUI, ANDRÉS, «Religiosos distinguidos en la virtud» en *Homenaje a la Seráfica Provincia de Cantabria en el septuagésimo quinto año de su Restauración (1859-1934)*, Oñate, 1935. págs. 54-67, pág. 62.

27. KOLDO SAN SEBASTIÁN señala la importancia que todavía en 1940 tenía el componente carlista en los centros vasco-navarros del Río de la Plata, (El exilio vasco en América. 1936-1946– Acción del Gobierno, San Sebastián, 1988, Pág. 74 y págs. 153 y s.). La figura del cura carlista, vascongado o navarro, es uno de los tipos que aparecen reflejados en las novelas del naturalismo argentino de la llamada «generación de los ochenta» como la que ofrece Eugenio Cambacerés en *Sin rumbo* (1885), Buenos Aires, 1949, pág. 27.

este proceso de crecimiento, van a asumir, siguiendo más o menos el modelo que veíamos en la actuación de los capuchinos en Venezuela en el siglo XVIII, responsabilidades directas en la asistencia religiosa a los diferentes países hispanoamericanos. Dicho en otras palabras, se hace un reparto geográfico de América entre las diversas provincias de las órdenes. De alguna manera cambia también la idea de misión, el de *envío* de misioneros, por el de *expansión* de la orden en aquellos territorios, por medio de la fundación de conventos o centros misionales.

Veamos algunos ejemplos de países que se encargaron a los navarros: A la provincia capuchina de Navarra, al producirse en 1900 la separación de la de Aragón se le adjudicó Chile y Argentina, de esta forma la mayoría de navarros que venían trabajando, desde 1888, en Ecuador y Colombia (que quedó en manos de los catalanes), pasaron a Chile. Los jesuitas se mantuvieron en Antillas y Colombia²⁸. Los escolapios se instalan sobre todo en Argentina. En esta última orden en 1933 se redistribuyen las provincias y se crea una nueva, la de Vasconia, a la que se le asigna Chile, mientras que Argentina se adjudica a Aragón, produciéndose el trasvase de navarros de la Argentina a Chile²⁹.

Un caso especial es el de los Carmelitas descalzos que no tomaron la precaución de repartir territorios al dividirse las provincias españolas. En 1904 los superiores de las tres provincias existentes se reunieron en Begoña para efectuar el reparto. A la de San Joaquín de Navarra le correspondió un extensísimo territorio: las Antillas, Panamá, Colombia, Ecuador, Perú, Chile, Bolivia y, en Norteamérica, del Mississipi al Atlántico. El Definitorio General publicó en 1905 un decreto por el que se limitaba el reparto a Perú, Chile y Bolivia³⁰.

El impulso misionero español, además de las razones expresadas, tiene un fuerte incentivo en el Concilio Vaticano I que deja patente la necesidad de clero en Hispanoamérica y en la preocupación del propio Papa para solucionar el problema. La llamada se hace especialmente a España, dada la afinidad histórica y el hecho de hablar la misma lengua. Buena muestra de esta solicitud del Pontífice es la carta del padre Félix Solís al Vicario Escolapio de España: «El Padre General Romano me pidió reiteradamente que proveyese a aquéllo y enviase personal, y el Papa ahora ha hecho escribir a este provincial que es su deseo que fundemos una casa en Panamá».

De los ejemplos expuestos creo interesante destacar también la actuación, junto a los tradicionales, de nuevos institutos religiosos que hasta ese momento prácticamente no habían tenido una presencia significativa en América. Hasta finales del siglo XIX, por inercia de la etapa anterior, sólo estuvieron las órdenes aprobadas por el Real Patronato. La necesidad de brazos que colaboraran con el clero local hizo que desde la Santa Sede se impulsaran en las órdenes un movimiento de fundaciones por todo el continente americano. Los superiores centrales trasladaron el encargo a sus provincias españolas.

La guerra hispano norteamericana y la pérdida de las tres posesiones insulares de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, incide de muy diferente manera en el mantenimiento de las misiones allí instaladas. Las de las Antillas prácticamente no sufrieron ninguna

28. Navarra estaba integrada en la provincia de Castilla, que englobaba además a Galicia, Asturias, Cantabria, Castilla-León, la Rioja y Vascongadas. Desde 1918, con la creación de la provincia de León, quedó reducida a Navarra, País Vasco y Castilla.

29. En realidad la provincia agustina recoleta colombiana de nuestra Señora de la Candelaria no había dejado de existir, pero se hallaba a punto de desaparecer por falta de personal. En 1890, en respuesta a una demanda de ayuda, la provincia filipina –titular de los colegios de Monteagudo y Marcilla– acudió en su auxilio. Esta provincia estaba compuesta principalmente de navarros y riojanos y algunos alaveses.

30. SANTA TERESA, SILVERIO DE, *Historia del Carmen Descalzo en España, Portugal y América*, XIV Burgos, 1949, págs. 66-67.

consecuencia, ni descendió el número de religiosos —jesuitas³¹ y escolapios principalmente, entre los que registra una destacada presencia navarra—³². No sucedió lo mismo en las islas filipinas donde los religiosos españoles fueron perseguidos y obligados a abandonar el país. Felizmente, como después se vio, sólo de forma temporal. Los agustinos abandonaron Filipinas para instalarse en Venezuela y Panamá.

La elección de Panamá tiene mucho de anecdótico. El obispo de Panamá don José Peralta, después de efectuar la *visita ad limina* a Roma, pasó por Navarra para visitar el pueblo de su apellido. En el cercano pueblo de Marcilla trabó amistad con los padres recoletos, quienes ya en 1897 se habían planeado fundar en Suramérica³³. En la vuelta a su diócesis se llevó a un joven músico para encargarse del órgano de la catedral, Jorge Santos, quien después sería el compositor del himno nacional de ese país. Poco más tarde, en 1898, ocho agustinos recoletos expulsados de Manila —siete de ellos navarros— llegaron a Panamá. El obispo les ofreció una parroquia que se constituiría en su primera fundación americana³⁴.

Los dominicos que abandonaron Filipinas se dirigieron al Perú, concretamente al Departamento selvático de Madre de Dios, donde se creó una Prefectura apostólica, encomendada a un navarro, mons. Ramón Zubieta, quien tomó posesión en 1901, después de haber estado encarcelado dieciocho meses en Filipinas³⁵. Se da aquí el dato curioso de que casi ininterrumpidamente la prefectura estuviera regida por otros tres obispos navarros³⁶.

Son pues estos años de verdadero relanzamiento de las misiones americanas atendidas desde España. La presencia navarra se triplica en el periodo comprendido 1890 y 1910. De sesenta religiosos que trabajan en América se pasa a doscientos veintinueve³⁷. En el decenio comprendido entre 1910 y 1919 la curva ascendente de envío de personal religioso desde España parece estabilizarse, pero a partir de 1919 nuevamente se dispara, hasta llegar a los prolegómenos de la guerra española. Es ésta,

31. La situación de la Compañía de Jesús en América es diferente a la del resto de las órdenes tradicionales. La expulsión y posterior disolución de la Orden había borrado su presencia física en aquellos lugares. La Restauración de 1814, dadas las circunstancias bélicas de la Independencia, no tuvo —salvo en México— mayor repercusión en el continente. Su tarea, por lo tanto, en el siglo XIX, después de la Independencia, consistirá en recrear su presencia; presencia tan azarosa como en la misma España. La labor de los jesuitas se centró fundamentalmente en la pastoral y la enseñanza en la América cristiana. Su misión entre infieles se redujo a algunas experiencias en la selva ecuatoriana. Cfr. MANUEL REVUELTA GONZÁLEZ, «Las misiones de los jesuitas españoles en América y Filipinas durante el siglo XIX» en *América (1492-1992) Contribuciones a un Centenario*, Madrid, 1988, págs. 339-390.

32. En 1890, entre jesuitas, escolapios y pasionistas, había nueve religiosos navarros en Cuba. En 1900 su número se incrementa hasta trece. En Puerto Rico, en esta última fecha se registra a tres navarros, en 1900 no había ninguno.

33. ALONSO, FELICIANO Y PABLO MARTÍNEZ, *Los Padres Agustinos en Venezuela y Trinidad, (7-XII-1898 / 7-XII-1948)*, Caracas, 1948, pág. 4.

34. Cfr. AYAPE, EUGENIO, *Fundaciones*, I, 1950, pág. 60.

35. Cfr. FERNÁNDEZ MORO, WENCESLAO, *Cincuenta años en la selva amazónica*, Madrid, 1952.

36. Además de Monseñor Zubieta, que rigió la prefectura desde 1903 a 1921, Sabas Sarasola, entre 1924 y 1944, y Javier Ariz Huarte, desde 1954. Cfr. FERNÁNDEZ MORO, *op. cit.* Otra sede americana regida casi exclusivamente por navarros es el Vicariato apostólico panameño de Darién, con sede en la ciudad de Colón. Creado en 1926, bajo el cuidado del vizcaino Juan José Maiztegui, desde 1933 ha tenido una sucesión ininterrumpida de obispos navarros: José María Preciado, de Cadreita, entre 1934 y 1955; Jesús Serrano, de Corella, entre 1956 y 1976; Marcos Zuloaga, en 1976 y Carlos María Ariz, desde 1981. Cfr. PUJADAS, TOMÁS, *Misión del Darién*, Colón, 1976.

37. Las cifras que de aquí en adelante ofrecemos incluyen los datos de las siguientes órdenes religiosas: capuchinos, agustinos, recoletos, jesuitas, escolapios, franciscanos, carmelitas descalzos, pasionistas y claretianos. Entre todas contabilizan aproximadamente el setenta y cinco por ciento del total de la presencia religiosa navarra en Hispanoamérica. Las cifras que se ofrezcan en adelante están confeccionadas sobre esta base. En las últimas décadas incluye también a los sacerdotes seculares, como misión en América, incardinados en la diócesis de Pamplona.

en efecto una etapa de esplendor de gran expansión, que obedece a una serie de causas, que ahora sólo mencionamos rápidamente:

a. La primera guerra mundial ha agotado a los países beligerantes, entre ellos algunos como Francia y Bélgica que habían mantenido una intensa actividad misionera. España es la llamada a reemplazarlos sobre todo en Hispanoamérica ³⁸.

b. La encíclica de Benedicto XV *Maximun Illud* de 1919, que además de ser una llamada a incrementar el espíritu misionero de los países europeos, introduce dos ideas fundamentales 1. Abandonar cualquier intención nacionalista, ya que las misiones, se dice, están «no para extender imperios humanos sino las [fronteras] de Cristo. 2. Promoción del clero indígena para «que un día asuman la dirección de su iglesia» porque el fin de las misiones no es mantenerse indefinidamente.

c. Se produce un cambio cualitativo muy importante: la toma de conciencia de que la labor misional no corresponde exclusivamente a los sacerdotes, sino que de alguna manera en ella están comprometidos todos los cristianos, con sus oraciones y con su apoyo material. Este ambiente propicia además el surgimiento de nuevas vocaciones misioneras. El discurso de don Angel Sagarminaga en el inicio del curso en 1919 en el seminario de Vitoria ³⁹, puede considerarse como el punto de partida de este movimiento en España, iniciado de manera general con la reactivación de las Obras Misioneras Pontificias, que dejan sus sedes originales en Francia para ser dirigidas directamente desde Roma. Se crea la Unión Misionera del Clero de España, que después de la muerte de Benlloch, con Mons. Múgica, tuvo su sede en Pamplona hasta su traslado a Vitoria, en 1928 ⁴⁰. Organización que tenía entre sus fines difundir por todas las parroquias el apoyo a las misiones. Pamplona era la segunda diócesis, detrás de Vitoria, con 731 sacerdotes inscritos.

En este nuevo período de empuje misionero, 1919-1930, los religiosos navarros en América aumentaron de doscientos veintinueve a trescientos ochenta y nueve.

La proclamación de la República en 1931 y el inicio de un nuevo período secularizador, que tiene su punto culminante en la zona republicana durante la contienda civil, incide negativamente en el envío de religiosos. Los problemas internos en España son de tal calibre que impiden pensar en la asistencia a otros países. Pero de todas formas los envíos no se interrumpen, aunque guiados ahora por otras razones, como el gran temor de los religiosos de ser expulsados como efectivamente lo han sido los jesuitas, o víctimas de la violenta persecución. En previsión de esto algunas órdenes religiosas envían a sus novicios a otros países, especialmente a los americanos, donde ya tiene montada una estructura. En 1931, por ejemplo, los carmelitas descalzos navarros envían a Colombia, Chile y Perú doce coristas profesos próximos a recibir el orden sagrado ⁴¹. Los agustinos recoletos envían a América un padre lector y diez coristas, seis de ellos navarros ⁴².

Entre 1935 y 1940 se observa un pequeño descenso, el único en todo lo que iba de siglo, en el número de navarros misioneros en América. Las razones son claras: el

38. En este contexto se explica, por ejemplo, la reactivación del Colegio de Misiones para Propaganda Fide y Ultramar de Burgos, que de una existencia oscura se convierte en el Seminario Español para Misiones extranjeras, similar a los existentes en Francia. El Papa Benedicto XV escribe al recién nombrado arzobispo de Burgos, Juan Benlloch que «... el haberle promovido de la diócesis de Seo de Urgel [...] ha sido para proporcionar ancho campo a su celo dinámico. Desea el Papa que en la diócesis burgalesa se formen jóvenes clérigos escogidos, que luego sean destinados a las misiones extranjeras».

39. SAGARMÍNAGA, ANGEL, *Las Misiones Católicas. Discurso leído en la solemne apertura del Curso Académico de 1919-1920 en el Seminario Conciliar de Vitoria*, Vitoria, 1919.

40. En el período pamplonés de la U.M.C. se tomó, entre otras decisiones, la de organizar una Exposición Misional en Barcelona, coincidiendo con la Exposición Universal de 1929. Este fue el mayor evento de difusión misional anterior a la Guerra Civil.

41. Archivo de la Provincia de San Joaquín de Navarra, Vitoria, Sección Personal.

42. Cfr. ALONSO Y MARTINEZ, *op. cit.*, pág. 24.

hecho mismo de la guerra y una de sus consecuencias, la falta de clero en Navarra. El obispo, Mons. Olaechea hacía, en 1939, el dramático anuncio: «En Navarra escasean también los sacerdotes [...] hemos tenido cerca de ochenta parroquias sin cura...»⁴³. En estas condiciones las órdenes religiosas colaboraron no enviando personal a América e incluso repatriándolo. De esta manera, durante los años 1939-1948, prácticamente no aumenta el número de religiosos navarros en Hispanoamérica, a pesar de que no dejan de producirse envíos. En algunas órdenes sin embargo encontramos la tendencia contraria, como en los capuchinos y principalmente los jesuitas, que envían a sus casas americanas, quizá por previsión y precaución ante las nuevas circunstancias políticas, ya que muchos de sus integrantes se habían destacado por sus ideas políticas afines al nacionalismo vasco.

Con el nuevo régimen, nacido de la guerra civil, que no se recata de su confesionalidad, la Iglesia en España va a gozar de una etapa de relativa tranquilidad y del apoyo de los recursos estatales para consolidarse, a la vez que se desarrolla el fervor y la piedad populares, al mismo tiempo que surgen numerosas vocaciones para ambos cleros. En Navarra el fenómeno es especialmente intenso, hasta tal punto que el presbítero Marcellán en su tesis doctoral publicada después con el título de *Cierzo y Bochorno*, puede decir que «Nunca en la historia religiosa de Navarra se había llegado a un número tan crecido de hijos e hijas de esta tierra entregados al servicio apostólico, como el que se dio en los años de la postguerra»⁴⁴, etapa que de una u otra forma se prolonga hasta los años finales del Concilio Vaticano II, en que Navarra, como otros muchos lugares de España y del mundo entra en una profunda crisis vocacional.

Todo este ambiente favorable repercute como es lógico en las misiones, ya que paralelamente los religiosos navarros aumentan de forma considerable sus efectivos en América, que en la década de los sesenta sobrepasan ya el medio millar, sin contar a las mujeres, que en ese momento doblan el número de los religiosos. Este auge misional navarro ocasiona que nuevos países americanos se encarguen de la responsabilidad de las órdenes radicadas en Navarra⁴⁵.

En esta época también se incrementa la presencia de sacerdotes seculares navarros en América —que hasta entonces había sido accidental y desorganizada— gracias, en un principio, a la creación de la Obra de Cooperación Sacerdotal Hispanoamericana, fundada en 1949. El fin de esta institución era dar cauce a las peticiones de obispos hispanoamericanos, relacionándolos con sacerdotes voluntarios de las diversas diócesis. Los de Pamplona-Tudela acabaron concentrándose en Venezuela, cuya zona occidental les fue reservada en 1960 (sobre todo los estados de Zulia y Falcón). En 1958, la diócesis de Pamplona se convierte en misionera a imitación de la de Vitoria. La iniciativa nace del actual Arzobispo de Pamplona, monseñor Cirarda, que entonces era profesor del Seminario de Vitoria, y acogida por el que entonces era su titular, monseñor Delgado. La iniciativa se concreta en 1960 con el envío de los primeros misioneros diocesanos al Ecuador, concretamente a Guaranda, cuya sede estaba ocupada por un obispo chileno de ascendencia navarra, monseñor Rada.

43. Boletín del Obispado de Pamplona, 1-VII-1939, pág. 190.

44. MARCELLÁN, JOSÉ ANTONIO, *Cierzo y Bochorno*, Pamplona, 1988, pág. 13.

45. En un breve repaso y resumen puede verse la extensión territorial de las misiones navarras: Los agustinos recoletos estaban desde 1890 en Colombia y ocho después en Panamá y Venezuela; en 1939 pasan a México y en 1941 a Perú. Los capuchinos tienen desde 1899 misiones en Chile y Argentina; en 1941 y 1943 asumen los vicariatos apostólicos de Guajira y Caquetá, respectivamente, en Colombia; en 1950 asumen la custodia capuchina de Ecuador y, desde 1953, el vicariato de Aguarico en la amazonia ecuatoriana. Las misiones jesuitas en Venezuela encomendadas a navarros desde 1915 en 1948 se adjudica a la provincia de Castilla Oriental. Los escolapios están desde 1933 en Chile y en 1950 acuden simultáneamente a Venezuela y Brasil. Los carmelitas que desde 1889 estaban en Chile y desde 1911 en Perú y Colombia, en 1941 fundan en Panamá, en 1943 en Nicaragua, en 1956 asumen el vicariato de Tumaco (Colombia) y en 1956 se establecen en Guatemala.

RELIGIOSAS NAVARRAS EN AMERICA

Durante la época española, América vivió una intensa vida religiosa femenina, siguiendo las mismas formas de la península. Pero su implantación y desarrollo es muy diferente a los de los varones. Son fundaciones que adoptan las reglas de las órdenes tradicionales, pero nacen espontáneamente gracias a la iniciativa de mujeres piadosas, de las autoridades eclesiásticas o de los superiores de las ordenes masculinas. Las vocaciones son en su gran mayoría de gente de la tierra, con escasos *refuerzos* peninsulares y también con escasos contactos humanos entre los conventos de ambas orillas del Atlántico. Es decir, y desde el punto de vista que ahora nos interesa, prácticamente no hubo una *emigración religiosa*. La mayor parte de tales instituciones se dedican a la vida contemplativa, aunque muchas también dedican sus esfuerzos a tareas educativas y asistenciales, tareas para las que cuentan con el suficiente número de vocaciones, por lo que lógicamente no necesitan de refuerzos extraordinarios. Los intentos de fray Juan de Zumárraga, en los primeros años de la colonización novohispana, de llevar *beatas* españolas, inscritas en las órdenes terceras, para dedicarse a la educación de las niñas, no tuvo los efectos deseados por el arzobispo, ni continuidad en épocas posteriores.

La situación cambia radicalmente en nuestro siglo coincidiendo con el nuevo impulso misionero de las primeras décadas. Desde entonces el traslado de religiosas españolas a los países hispanoamericanos y entre ellas, en primera fila, las navarras, es continuo y creciente; siguiendo las mismas líneas del envío de los misioneros varones, la curva ascendente se incrementa después de la guerra civil, pero con tendencia a superar numéricamente a los religiosos, hasta que en el trienio 1949-1952, el número de religiosas supera definitivamente al de los hombres. En 1961, cuando Navarra se consolida como la primera provincia misionera de España ⁴⁶, las mujeres doblan ya el número de varones; y de las dos mil cuatrocientas cuarenta y cinco religiosas en el extranjero dos terceras partes realizan su trabajo en Hispanoamérica ⁴⁷.

La acción de las religiosas, además de secundar la labor propia de los sacerdotes –la administración de los sacramentos y la predicación–, incluso en las llamadas *misiones vivas*, se desarrolla de forma preferente en variadísimas tareas educativas, asistenciales y catequéticas, otro tipo de misión igualmente importante, pero que generalmente ha pasado más desapercibida para la historiografía especializada.

Una de las características externas más resaltables de esta presencia femenina en Hispanoamérica, además, claro está, de su importante aporte numérico, es la diversi-

46. En efecto, en este año los religiosos navarros fuera de España son tres mil setecientos treinta y cinco, mientras que la segunda provincia, Burgos, cuenta sólo con dos mil doscientos cincuenta y tres. Cfr., *op. cit.*

47.

47.	HISPANOAMERICA	74,2 %	
	RESTO DE AMERICA	12,6	
	AFRICA	6,4	
	ASIA	6,5	
	OCEANIA	0,4	
Representación por países:			
ARGENTINA	23,8 %	URUGUAY	2,5
CUBA	16,8	BOLIVIA	1,3
VENEZUELA	13,6	ECUADOR	0,7
PERU	11,6	PARAGUAY	0,5
R. DOMINICANA	8,0	NICARAGUA	0,4
CHILE	7,1	COSTA RICA	0,2
COLOMBIA	5,6	EL SALVADOR	0,2
MEXICO	4,1	PANAMA	0,1
PUERTO RICO	3,2	GUATEMALA	0,1

dad de órdenes religiosas, son setenta y tres institutos, de los cuales sólo poco más de veinte superan la decena de religiosas, tal como se puede comprobar en el siguiente cuadro estadístico:

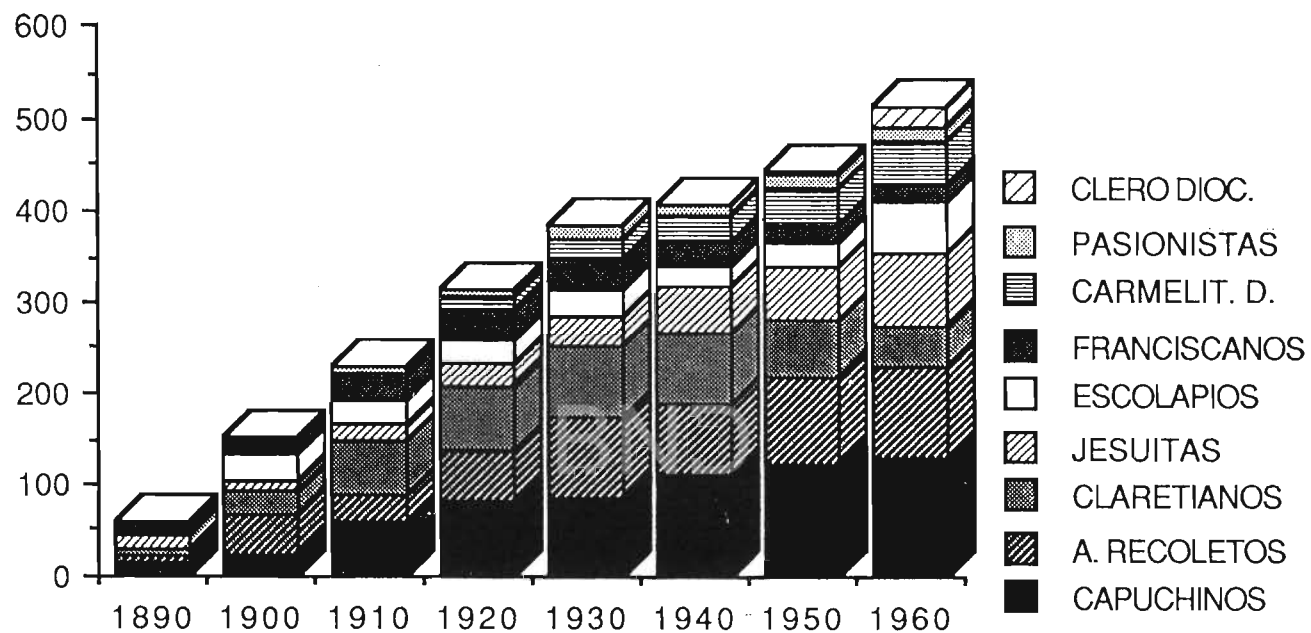
RELIGIOSAS NAVARRA 1961 (*)

ORDEN		Nº	%
Siervas de María	SME	154	14,3%
Hijas de San José	HSJ	75	7,0%
Hijas de María (Escolapias)	HM	58	5,4%
Hijas de la Caridad	HC	57	5,3%
Esclavas de Cristo Rey	ECR	52	4,8%
Carmelitas Descalzas Misioneras	CDM	50	4,6%
Apostolado del S. Corazón de Jesús	ASC	49	4,6%
Caridad de Santa Ana	CSA	47	4,4%
Adoratrices	ASS	43	4,0%
C ^a de Sta. Teresa de Jesús	CST	37	3,4%
Mercedarias de la Caridad	MDC	33	3,1%
Misioneras de la Inmaculada Concepción	MIC	33	3,1%
Franciscanas Misioneras de María	FMM	32	3,0%
Hermanitas de los Ancianos Desamparados	HAP	29	2,7%
Oblatas del Santísimo Redentor	OSR	29	2,7%
Hospitalarias del Sgdo. Corazón se Jesús	HSC	28	2,6%
Terciarias Capuchinas de la Sda. Familia	CSF	24	2,2%
Dominicas de la Sagrada Familia	DSF	21	2,0%
Hijas de M ^a Inmaculada (Serv. Doméstico)	HMI	16	1,5%
Esclavas del Sgdo. Corazón de Jesús	ESC	15	1,4%
Carmelitas de la Caridad	CC	12	1,1%
Franciscanas del Buen Consejo	FBC	8	0,7%
Siervas de Jesús de la Caridad	SJC	8	0,7%
Caridad de N ^a Sra. de la Consolación	CNS	7	0,7%
Damas Catequistas	DC	7	0,7%
Siervas de San José	SSJ	7	0,7%
Damas Apostólicas	DAP	6	0,6%
Nuestra Señora de la Compasión	NSC	6	0,6%
Agustinas Recoletas Misioneras de Maria	ARM	5	0,5%
Dominicas de la Anunciata	DA	5	0,5%
Franciscanas de la Natividad de N ^a Sra.	FNS	5	0,5%
Hijas de Jesús	HJ	5	0,5%
Misioneras de Cristo Jesús	MCJ	5	0,5%
Hermanitas de los Pobres de Maiquetia	PMH	5	0,5%
Sociedad del Sagrado Corazón	SCJ	5	0,5%
Siervas de Maria de Anglet	SMA	5	0,5%
Tercia. Franciscanas de la Div. Pastora	TDP	5	0,5%
Asociación Misionera Seglar	AMS	4	0,4%
Jesús-María	JM	4	0,4%
Mercedarias Misioneras	MM	4	0,4%
Santo Angel de la Guarda	SAS	4	0,4%
Misioneras del S. Corazón de Jesús y M ^a	SJM	4	0,4%
Misioneras del Smo. Sacram. y M ^a Inma.	SMI	4	0,4%
Terc. Francisc. de los SS. Corazones	TFS	4	0,4%
Ursulinas de Jesús	UJ	4	0,4%
Amor de Dios	AD	3	0,3%
Carmelitas Misioneras Terciarias Descal.	CTD	3	0,3%
Discípulas del Divino Maestro	DDM	3	0,3%
Hermanitas de los Pobres	HP	3	0,3%
Misioneras de los SS. Corazones	MCC	3	0,3%
Misioneras Seculares	MMS	3	0,3%
Reunión al Sagrado Corazón de Jesús	REU	3	0,3%
Santos Angeles Custodios	SAC	3	0,3%
Sagrada Familia de Urgell	SFU	3	0,3%
Clarisas Capuchinas (Federadas)	CCF	2	0,2%
C ^a Misionera del S. Corazón de Jesús	CMS	2	0,2%

ORDEN		Nº	%
San José de Cluny	JC	2	0,2%
Redentoristas	RED	2	0,2%
Sagrados Corazones	SCP	2	0,2%
Terciarias de S. Fco. de Asís y la I. C.	TSF	2	0,2%
Visitación de Santa María	VSM	2	0,2%
Dominicas de Sta. Catalina de Siena	DBC	1	0,1%
Dominicas de Clausura	DOC	1	0,1%
Esclavas de María Inmaculada	EPI	1	0,1%
Franciscanas de Montpellier	FM	1	0,1%
Hijas del Calvario	HCJ	1	0,1%
Hijas de la Cruz	HDC	1	0,1%
Hijas de María Auxiliadora	HMA	1	0,1%
Inmaculada Concepción de Castres	ICC	1	0,1%
Institución Javeriana	IJ	1	0,1%
Institución Teresiana	IT	1	0,1%
Misioneras del Sgdo. Corazón de Jesús	MSC	1	0,1%
Compañía de María Nuestra Señora	CMN	1	0,1%
Desconocidas		3	0,3%
	Total	1076	100%

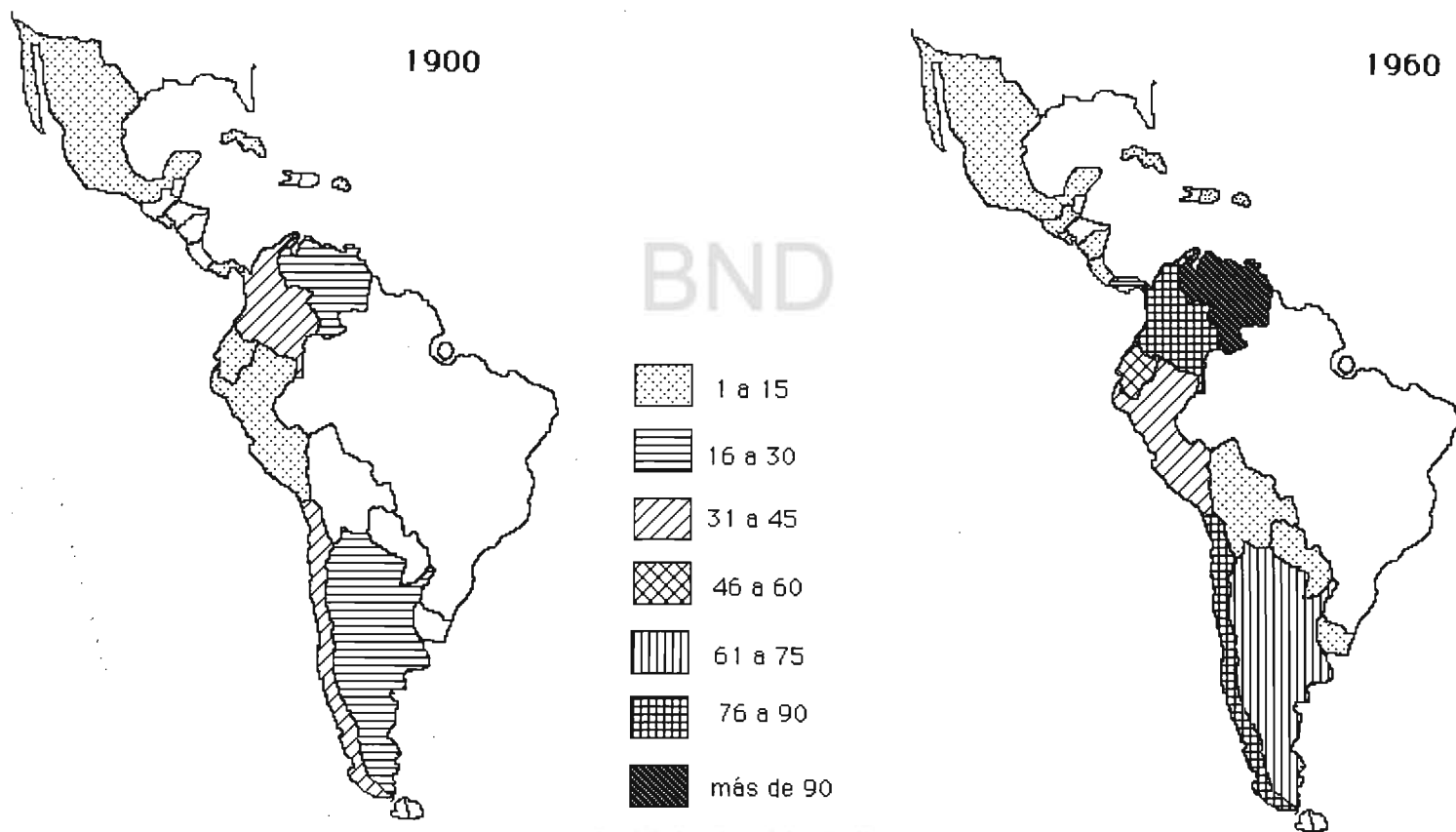
BND

RELIGIOSOS NAVARROS EN AMERICA EVOLUCION TOTAL POR ORDENES



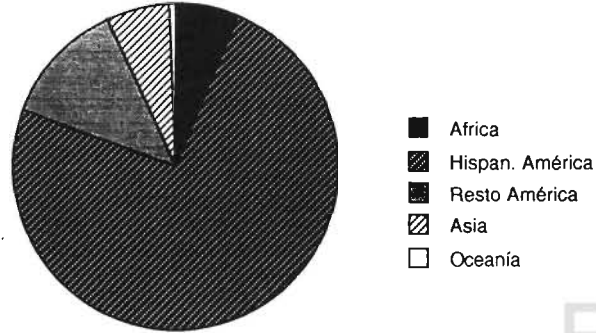
AÑOS	TOTALES	CAPUCHINOS	A. RECOLETOS	CLARETIANOS	JESUITAS	ESCOLAPIOS	FRANCISCANO	CARMELIT. D.	PASIONISTAS	CLERO DIOC.
1890	60	15	7	6	16	3	12	0	1	0
1900	153	21	47	23	14	28	16	0	4	0
1910	229	60	28	62	18	25	28	2	6	0
1920	316	81	55	70	26	26	35	14	9	0
1930	385	87	88	78	31	32	31	24	14	0
1940	406	112	77	77	53	22	26	28	11	0
1950	445	124	94	65	59	26	18	40	15	4
1960	516	128	101	44	81	58	19	45	16	24

DISTRIBUCION DE LOS RELIGIOSOS NAVARROS EN HISPANOAMERICA



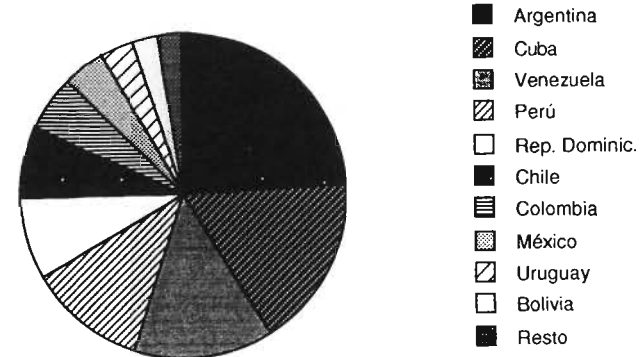
Se autoriza la copia para la investigación.
© GOBIERNO DE NAVARRA

DISTRIBUCION RELIGIOSAS NAVARRAS EN EL MUNDO. 1961



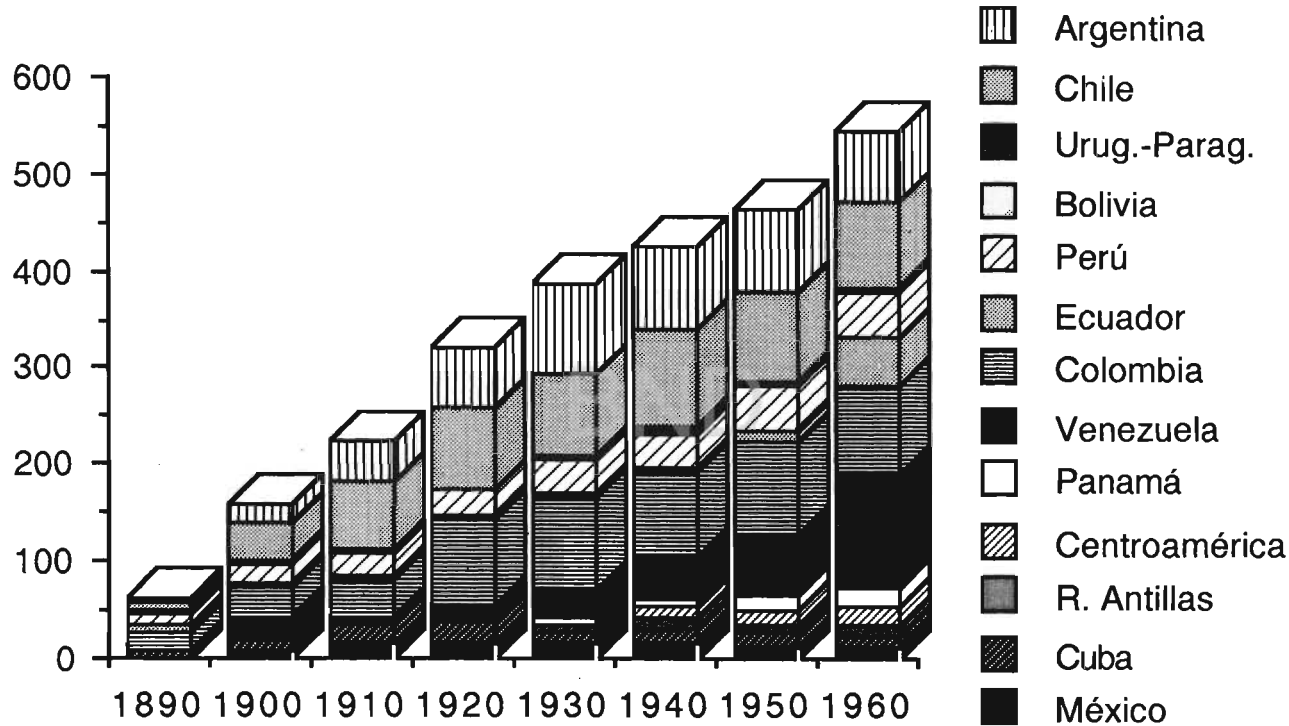
Africa	6,400
Hispan. América	74,200
Resto América	12,600
Asia	6,500
Oceanía	0,400

DISTRIBUCION RELIGIOSAS NAVARRAS EN HISPANOAMERICA. 1961



Países	Porcentajes
Argentina	28,800
Cuba	16,800
Venezuela	16,600
Perú	11,600
Rep. Dominic.	8,000
Chile	7,100
Colombia	5,600
México	4,100
Uruguay	3,200
Bolivia	2,500
Ecuador	0,700
Paraguay	0,500
Nicaragua	0,400
Costa Rica	0,200
El Salvador	0,200
Panamá	0,100
Guatemala	0,100

EVOLUCION POR PAISES



AÑOS	México	Cuba	R. Antillas	Centroamérica	Panamá	Venezuela	Colombia	Ecuador	Perú	Bolivia	Urug.-Parag.	Chile	Argentina	Totales
1890	1	8	0	0	0	0	17	9	13	2	0	9	4	63
1900	7	12	2	0	4	16	34	4	17	5	0	37	22	160
1910	16	17	2	0	2	7	38	5	21	3	0	71	44	226
1920	16	22	1	0	4	12	88	5	25	3	0	84	60	320
1930	15	11	10	0	7	26	98	4	35	4	0	85	91	386
1940	16	14	11	13	9	42	90	1	37	3	3	103	83	425
1950	13	14	9	13	15	63	98	13	45	2	2	94	85	466
1960	13	11	9	21	19	116	92	53	47	1	3	86	75	546

Se autoriza la copia para la investigación
© GOBIERNO DE NAVARRA

FUENTES PRINCIPALES

GENERALES

- APALATEGUI, S.J., «Un página de gloria. Distribución misionero-cultural de religiosos vasco-navarros fuera de Europa en 1929» en *el Siglo de las Misiones*, 1930, págs. 384-385.
- España Misionera. Catálogo de los religiosos españoles en el extranjero*. Madrid, Consejo Superior de Misiones, 1962.
- MARCELLAN EIGORRI, JOSÉ ANTONIO, *Cierzo y Bochorno. Fenómeno vocacional en Navarra, 1936-1986*, Estella, 1988.

FRANCISCANOS

- Archivo Provincial de Cantabria*. Sección XVIII.
- DURÁN ESTRAGO, MARGARITA, *Presencia franciscana en el Paraguay (1820-1988)*, t. XIV de la Col. Biblioteca de Estudios Paraguayos, Asunción, 1988.
- Estado General de la Orden Franciscana en España y sus misiones*, 3 vols. Vich, 1924, Murcia, 1930 y Madrid, 1946.
- Estado personal de la provincia Seráfica de Cantabria*, 5 vols. Oñate, 1933-1964.
- Homenaje a la Seráfica Provincia de Cantabria en el septuagésimo quinto año de su restauración (1859-1934)*, Oñate, 1935.
- Libro de incorporaciones y desincorporaciones de Colegio de Propaganda Fide de Ocopa*, Lima, 1970.
- Necrología de la Provincia misionera de San Francisco Solano*, Lima, 1990.
- Nomina de los religiosos de la provincia de San Francisco Solano del Perú*, 3 vols. Cajamarca, 1929-1945 y Lima, 1953.
- SALAZAR, BUENAVENTURA, *Misioneros franciscanos en América*, Bilbao, 1935.
- Schematismus totius ordinis fratrum minorum*, 3 vols. Roma, 1903-1938.

PASIONISTAS

- Archivo de la Provincia del Sagrado Corazón*, Fichero personal antiguo.
- AREITO AURTENA, JAVIER, *Sagrado Corazón de Jesús. Catálogo*. Bilbao, 1987.

CARMELITAS DESCALZOS

- Archivo de la Provincia de San Joaquín de Navarra*. Sección Personal y Fichero fotográfico de los religiosos carmelitas de la Delegación Provincial de Colombia.
- Setenta y cinco años en Chile*, Santiago, 1974.

CAPUCHINOS

- Estadística de la Provincia Capuchina de Navarra-Cantabria-Aragón*, Pamplona, 1964.

AGUSTINOS RECOLETOS

- ALONSO, FELICIANO Y PEDRO MARTINEZ, *Los padres Agustinos Recoletos en Venezuela y Trinidad*, Caracas, 1948.
- AVELLANEDA, MIGUEL, *Catálogo de los Agustinos Recoletos de la Provincia de San Nicolás de Tolentino de Filipinas*, II, Madrid, 1936.
- BUITRAGO, RUBÉN, *Memoria biográfica de la Provincia de Nuestra señora de la Candelaria de la Orden de Agustinos Recoletos*, Bogotá, 1965.
- SADABA, FRANCISCO, *Catálogo de los Agustinos Recoletos de la Provincia de San Nicolás de Tolentino de Filipinas*, I, Madrid, 1906.

ESCOLAPIOS

- Escolapios Vascos* (fichero personal propiedad de Xabier Ortigosa, Archivero de la Provincia de Vasconia, Pamplona).

JESUITAS

Catálogos Anuales de las Provincias jesuitas de España: España (1840-1863); Castilla (1863-1948); Castilla Oriental (1948-1962) y Loyola (1962-).

CLERO DIOCESANO

Archivo de la Delegación Diocesana de Misiones de Pamplona, carpetas: Reintegrados a diócesis, fallecidos, secularizados, excardinados y En Activo.

BND